



LO QUE QUEDA

(visto por quienes vuelven a partir)

FERDINANDO FREGA

**“Una clínica cura a los pacientes.
Una comunidad que cuida sostiene a las
personas.”**

I. Lo que queda

Estaba en la sala de recreación, la que se abre a los pacientes para el descanso de la tarde, el cigarrillo, la conversación — y a nosotros, los acompañantes, que esperábamos para llevar a casa a nuestros enfermos.

No estaba inquieto, pero sí atento: a cómo una persona se vuelve frágil dentro de la enfermedad, a menudo discapacitante y sin salida, una enfermedad que no mira la edad de nadie.

Había cinco hombres y una mujer, todos sentados en sillas de ruedas. Se volvieron hacia mí y empezaron a preguntarme cuántos años tenía, qué trabajo hacía, de qué me ocupaba, cuál era mi vocación; y al final quisieron saber qué pensaba yo sobre ciertas cuestiones de política y de religión, y sobre algunas figuras públicas.

Tenían los ojos apagados, los ojos de quien solo espera ver extinguirse la luz. Y en cambio yo, esa luz, la volví a encender.

Es mi manera de estar con la gente: hacerla sonreír. No soy un actor, ni un bufón de la clínica — solo un hombre como muchos, pero no tan común como el pan.

Entonces me pidieron una historia. Y aquí debo ser honesto con el lector: la que conté no era un chiste correcto, y no lo habría contado en ningún otro lugar. Pero allí, en aquella sala, el permiso para reírse de lo que la vida les había quitado era suyo, para dárselo a sí mismos. Y me lo pidieron. Así que lo relato tal como fue, porque limpiarlo del todo sería traicionarlos.

Déjenme contarles — dije — sobre un hombre en silla de ruedas, sin brazos y sin piernas, que un día respondió a un anuncio en un sitio de citas.

Y si alguien no sonríe, añadí, no es culpa mía: solo querrá decir que hoy no es su día.

Una mujer muy rica, entrada en años — de unos ochenta —, ayudada por su sobrina de cuarenta y cinco, buscaba marido. Pero después de todo lo que la vida le había enseñado, tenía las ideas claras sobre la clase de hombre que quería: uno que nunca levantara las manos, uno que se quedara en casa, y — digámoslo — un hombre de proporciones generosas.

Llamaron a la puerta. Se encontró delante a este hombre en silla de ruedas, sin brazos y sin piernas, pero joven y apuesto, que venía a presentarse al anuncio.

Lo entrevistó.

Quería un hombre que nunca levantara las manos: y él no tenía brazos. Primer punto a su favor.

Lo quería casero, tranquilo: y él estaba sin piernas, en su silla. Segundo punto a su favor.

Y por último le dijo que lo quería bien dotado. Y él, muy serio, respondió: “Señora... ¿y con qué cree usted que llamé a la puerta?”

En ese momento los cinco hombres estallaron en carcajadas, y no podían parar. Pero la mujer se quedó seria, impasible. Y toda mi atención se dirigió hacia ella.

Para ella no tenía una segunda versión, no había preparado nada. Pero tuve un destello de inspiración: le dije que, si quería, le daría el número de teléfono de aquel candidato. Se le iluminaron los ojos, sonrió, y dijo: sí, sí.

Le había arrancado una sonrisa. Había alcanzado mi objetivo. Era todo lo que quedaba de aquel momento — y era suficiente.

Cuando salí de la instalación, todos me preguntaron cuándo volvería, y si tenía otras historias.

II. Epílogo

La gente cree que lo que queda es un expediente médico, una radiografía, una terapia que continuar en casa, o un número de teléfono garabateado a toda prisa en un papel.

Se equivocan.

Cuando una persona deja una instalación, se lleva casi nada de lo que sirvió para curarla.

Se lleva a las personas.

Se lleva las voces.

Las costumbres.

Los pasillos.

Los horarios.

Los rostros que durante semanas, o durante meses, marcaron el tiempo de su vida.

La medicina se queda en los archivos.

La memoria toma otro camino.

Y es de esa memoria de la que quiero hablar.

III. Página del autor

Esta obra no fue encargada.

No fue vendida.

No fue hecha con fines comerciales.

Fue escrita para dar testimonio del valor de la rehabilitación, de la dignidad humana y de la relación entre las personas.

El único honorario que se pide es un dólar simbólico, no como pago por la obra, sino como testimonio de un compromiso compartido con una cultura del cuidado, de la esperanza y de la responsabilidad.